

Manuel Rojas

EL RANCHO EN LA MONTAÑA

EL rancho estaba situado al norte del desfiladero y era la primera habitación que se encontraba al salir de la estrecha y profunda garganta. Para llegar a él era preciso ascender la falda del cerro y cruzar una meseta rocosa, brillante, sin una brizna de hierba, sin una piedrecilla, lisa como el viento que la barría sin cesar. Una vez pasada la meseta y orillado un despeñadero rojizo que se descolgaba a puños, cogíase el camino, montaña abajo, con una suavidad de trote indio.

Al empezarlo, resguardado tras una rocas, se veía el rancho. Era un rancho sin importancia. La pared que miraba hacia el camino, lo mismo que la que daba hacia las rocas, era de piedras y sin revestimiento alguno, quedando entre una y otra agujeros y rendijas, por donde entraban, en invierno, ráfagas de fina ventisca. Las restantes murallas y la techumbre eran de planchas de zinc, latas y sacos y grandes piedras que aseguraban a duras penas la insegura cubierta.

En sus primeros tiempos aquel rancho sirvió de habitación a la pareja de guardias fronterizos, pero,

construida dos kilómetros más abajo una casa destinada a ese fin, fué abandonado y sólo se servían de él los guardias, que en las noches acechaban a los contrabandistas y ladrones de ganado y los viajeros que, de tránsito de un país a otro, llegaban allí al anochecer, pernoctando entre sus paredes humosas. A pesar de sus dos murallas de piedra, era endeble y vacilante y si algún día el viento hubiera soplado en sentido contrario al que soplaba siempre, ni rastros de su existencia hubiera quedado. Cuando, de soslayo, los zurriagazos del viento lo alcanzaban, se sacudía como un perro que sale del agua.

Sin embargo, a pesar de la poca seguridad y de la ninguna comodidad que ofrecía, alguien se interesó por ocuparlo y ese alguien fué el viejo Floridor Carmona, campesino de aquella región, que poseía cordillera abajo una propiedad constituida por una construcción rústica y un extenso trozo de tierra, en el que cultivaba trigo, verduras y frutas y criaba animales y aves. Cuando expuso su petición riéronse de él. Pero el viejo Floridor, detrás de su apariencia de zorzal mero, de sus pantalones que llegaban apenas a cuatro dedos del tobillo, detrás de su chaqueta blanca y de su chaleco corto y cruzado por gruesa cadena de bronce, de donde colgaba a manera de dije un peso fuerte del año 86, detrás de su bigote de perro viejo, de su naricilla roja y de sus ojuelos claros, pitañosos, ocultaba un hombre que no daba puntada sin hacerle nudo. Durante el verano aquel paso era bastante frecuentado: arrieros, trabajadores que iban o venían de Argentina, viajeros, comerciantes en ganado, mineros, hasta turistas pasaban por allí, y la boca del desfiladero era el lugar a que se arribaba, casi invariablemente, al final del cuarto día de viaje si se venía del Este y del primero si se llegaba del Oeste. La gente llegaba cansada, hambrienta y con sed, sin encontrar quién les proporcionara algo

para reponerse. ¿Por qué dejar perder esa ganancia, si tan fácil era lograrla? El rancho estaba hecho y no faltaba sino ocuparlo, llevando las mercaderías y provisiones del caso. Podía pasarse allí el verano, y en invierno, época en que alma alguna se aventuraba por esos lugares, se regresaría al rancho familiar. El asunto le parecía muy claro al viejo Carmona, hombre infatigable, que emprendía todos los negocios que estaban al alcance de sus medios, aunque el fruto fuera sólo de dos o tres pesos:

—Estos tres pesos no estaban en mi bolsillo y ahora están. ¡Qué le va hallando!

Su mujer era como él, una hormiga, con virtudes de ahorro, de iniciativa y de trabajo, tan raras entre campesinos pobres y ricos. A pesar de sus años y de su obesidad, trabajaba desde el alba hasta el anochecer: atendía la crianza de aves, el huerto frutal y las hortalizas, hacía pan y lo vendía a los vecinos que no tenían horno o a aquéllos que, si lo tenían, no les hacía falta pereza para amasar; entregaba al hotel el producto diario de su gallinero, y los domingos, días en que gente de la ciudad venía a pasar unas horas en la montaña, sacaba dos y tres hornadas de empanadas que hacían alargar los dientes a los paseantes, quienes le encargaban, además, otras comidas y licor. ¡Qué no hacían sus manos gordas y negras! Lo hacían todo y por hacerlo todo hasta tocaban la guitarra. Cuando las personas que acudían a su casa, envalentonadas ya por las libaciones, manifestaban deseos de oír cantar a alguna chiquilla, doña Mercedes sacaba una grasienta y vieja guitarra, sentábase bajo del nogal del patio y ante la curiosidad y la alegría de la concurrencia, la templaba, carraspeaba atipladamente, se excusaba por lo poco y malo, abriendo al fin su profunda boca. Los que no la conocían, a hurtadillas desternillábanse de risa viéndola en esas primeras actitudes de cantora. ¿Qué

iría a salir de esa boca casi tan ancha como la del horno? ¿Un mugido quizá? Pero la sonrisa de los desconocidos tornábase pronto en gesto de sorpresa, porque de aquella boca desdibujada salía una voz llena de dulzura y de gracia; las tonadas parecían cantadas por otra mujer oculta tras ella, de tal modo era ajena su voz a su figura. Sencillos cantares amorosos, maliciosas tonadas, estilos gauchos que aprendiera de los arrieros argentinos, brotaban de su garganta al llamado de la guitarra, en cuya caja, con el rodar del tiempo, sus manos dejaron perdurables huellas de grasa y finas capas de masa blancuzca.

La culebra en el espino
se enrosca y desaparece.
La mujer que engaña al hombre,
corona de oro merece.

Gracias a ambos la casa prosperaba.



El viejo Floridor consiguió en arriendo el abandonado rancho, sin que ello dejara de costarle tiempo y parla, pues las autoridades, considerando ridículo aquello, no le prestaban atención. ¿Para qué quería ese rancho? Las explicaciones del viejo Carmona causaban hilaridad.

—Pero ¿qué demontre va a hacer usted allá arriba?
Por fin, el campesino se irritó:

—¿Y qué le importa a usted lo que yo voy a hacer? ¿Acaso le estoy pidiendo plata prestada? Usted sabe que soy hombre honrado y que si deseo arrendar el rancho es con buenos fines. Yo no voy a contrabandear. ¡A mis años! Cóbreme usted un arriendo baratito y lo demás déjelo por mi cuenta. ¿Qué me

va mal? ¡Friégate, leso! Con mi pan me lo comeré... Ustedes no perderán por eso el precio del arriendo.

Sólo por molestarlo y ver si abandonaba sus proyectos, le cobraron treinta pesos mensuales de alquiler; pero entonces el viejo Floridor puso el grito en el cielo:

—¡Treinta pesos! ¿Está loco usted? ¿Treinta pesos mensuales por el arriendo de un rancho que no vale ni cobre y dónde, de seguro, voy a perder hasta el modo de caminar?... No, señor, apéese.

—No lo arriende, entonces, si le parece caro.

—No, no; apéese, señor.

Le rebajaron, poco a poco, hasta llegar a la mitad: quince pesos, y el viejo Floridor, con el gozo brincándole en el corazón, pagó precipitadamente el primer mes.

—¡Arrendé el rancho!—gritó en la puerta de su casa.

Y todos los habitantes de ella se pusieron al trabajo. El negocio no le parecía de perlas a doña Mercedes, pero algo se ganaría y dejaba hacer al viejo y le ayudaba de buen grado, pensando que cada cobre de ganancia era un cobre más en la casa. Hay que batir el cobre, pensaba. Además, Floridor no hacía falta en la casa, ya que para la chacra y los sembrados bastaban ella, su hija mayor y su yerno.

En la madrugada del día siguiente el viejo Floridor montó a caballo y se fué hacia el rancho, llevando de tiro otro caballo cargado con lo necesario para limpiar y arreglar el local del futuro negocio. Volvió, de noche ya, cansado como perro y contento como unas pascuas.

—Ya dejé todo listo, limpiecito. El rancho es bastante grande y se puede dividir en dos partes, una para dormitorio—claro que un poco estrecho—y la otra para despacho. Con un tabique de tablas y sacos bastará. Estuve hablando con los guardias y me dije-

ron que iba a ganar mucha plata; pasa gente hasta Abril. ¿Compraste lo que te encargué? Muy bien; mañana temprano me voy.

Floridor estaba entusiasmado y durante varios días no cesó de subir y bajar, hablando hasta por los codos, riendo. En el último viaje se llevó a su hija Florisa, muchacha de diecisiete años, agraz y apretada, con aspecto de bobalicona, pero excitante y maliciosa como un ponche cargado, ondulantes sus caderas y turgentes sus pequeños pechos frutales. Doña Mercedes discutió largo rato:

—Llévate a María Inés.

—Sí, para que se lleve allá con la boca abierta y pestañando como una legañososa que es. No, yo necesito quien me ayude.

—Bueno, pero ¡mucho cuidado! Hay tanto roto por ahí....

Días después, quedó instalado y abierto el negocio, provisto de todo lo indispensable para la atención de los viajeros. Floridor estuvo un poco nervioso los primeros días: la soledad lo aturdí y se echaba al camino y atravesaba la meseta y hundía la mirada de sus ojillos en la salida del desfiladero y observaba los cerros rojizos o azules, que siempre estaban allí, inmóviles, desiertos, indiferentes a todo, aun al viento, que a él lo sacudía como a un cabo de cordel, empequeñeciéndolo con sus zamarreos. En algunos instantes llegó a dudar de la bondad de su proyecto: por allí no pasaría nadie. Florisa se aburría entre los tarros de conserva y las damajuanas de vino; bostezaba y dormía.

Pero una tarde aparecieron los primeros clientes; un piño de animales surgió del desfiladero y se escucharon en seguida los gritos tensos de los peones. Al viejo Floridor le volvió el alma al cuerpo y salió disparado hacia el rancho:

—¡Ya viene gente!—gritó a su hija.

Salió a esperarla al camino y durante mucho rato sólo oyó el rumor del ganado, los gritos enérgicos de los hombres y los ladridos de los perros. Parecía que todo venía flotando en el viento, mas de pronto, como un cerro en marcha, surgieron los animales, inclinadas las cabezotas, cimbreantes los poderosos cuerpos, y un hombre cubierto por poncho negro y que cabalgaba en nervioso macho colorado, pasó junto al viejo Floridor gritando como un demonio y haciendo silbar sobre su cabeza el largo látigo.

—Ese debe ser el capataz—pensó Floridor.

Pero el hombre volvió hacia él, sonriendo:

—¿Qué haces por acá, Floridor?

—¡Caramba! Es mi compadre Aniceto.

Era un hombre como un cerro. Los dientes le relumbraban entre la barbaza negra, tupida como zarzamora vieja. Dió media vuelta en el aire y gritó:

—¡Niños! Atraquen las bestias para este ladito. Vamos a visitar el chinchel de mi compadre Floridor.

Su voz tonante dominaba el bramido del viento. Gritaron los arrieros, se arremolinaron las bestias, alzáronse en el aire las cabalgaduras, y se veían testuces soberbias, belfos brillantes de espuma, cabezas finas de hombres, torsos de centauros. El piño se aquietó rumoroso, ondulante, y los últimos gritos volaron y murieron como pájaros en el aire.

Hasta medianoche, sentados en cajones o en el suelo, los hombres comieron, conversaron, bebieron, cantaron, pellizcando los brazos y las piernas de Florisa y llenando de pesos fuertes chilenos y billetes argentinos los bolsillos del viejo Floridor. Durmieron al raso, envueltos en sus mantas y ponchos y al amanecer se alejaron, entre gritos, carreras, imprecaciones y mugidos.

Quedó silenciosa y desolada la cordillera. Pero desde ese día no se interrumpió ya la fila de los clientes del despacho de Floridor Carmona; pasaban los via-

jeros en parejas o en grupos, arrieros, simples viandantes, comerciantes, y las monedas caían como gotera lenta y continua en las manos ávidas del vejete.

—Esto va bien, muy bien—decía, relamiéndose como gato ante la pana.

Algunas noches, aquellas sin luna o nubladas, la pareja de guardias acompañaba algunas horas al viejo y a su hija. La dotación del retén se componía de cinco hombres, un sargento y cuatro soldados, el primero hombre viejo ya, pero duro y tieso, resecaado por el aire de la montaña, con apariencias de charqui de guanaco, seco y salado, bigotazos ásperos y voz entera y firme como su sable, y los otros, jóvenes, joviales, esbeltos, que miraban a Florisa como un sediento puede mirar a una fruta que aunque verde fuera jugosa. Conversaban, midiendo el tiempo mate a mate, contando aventuras y cuentos fantásticos, mientras el viento se volvía loco golpeando en los cerros, sonando en las rocas como pellejo apaleado. En las noches estrelladas el viento corría y bramaba más fuerte que nunca. Subía a tientas la repechada del cerro, bufando como animal cansado; pasaba por la meseta casi sin tocarla y se lanzaba al vacío, rodando cerro abajo entre repiqueteos de fina piedrecilla y gritos estentóreos de rocas azotadas. Cuando cesaba un instante, un gran silencio y un gran vacío se hacían en el mundo, y las estrellas, titilando, prendidas en el poncho azul y negro de la noche, amenazaban caerse, como si el viento fuera quien las sostuviera con su torso desnudo y helado y, faltándoles, las dejara libradas a su frágil suerte.

En el rancho se sentía apenas el viento y sólo algunas ráfagas que se soltaban como varillas de un haz lo azotaban a intervalos. Después de cruzar la meseta y llevado por su impulso, el viento se afirmaba en las rocas que guarecían al rancho, como un

saltador en un trampolín, y pasaba sobre él, en el espacio, en un ululante y múltiple salto mortal.



Pasó así un mes y dos, y los bolsillos se le hicieron estrechos al viejo Carmona, quien tuvo que recurrir a un tarro para guardar el dinero, pues los arrieros que iban y venían, llevaban y traían la noticia y ya no había quién no se detuviera, al caer la tarde, frente al negocio, solicitando comida o bebida. Florisa, entusiasmada por el asedio constante de los mozos, se despabilaba y atendía con desenvoltura y amabilidad, y como el padre no era menos diligente que la hija, los viajeros se marchaban encantados. Floridor Carmona estaba contento, y en las noches, tendido en su camastro, hacía largos cálculos: en dos meses llevaba ganado tanto, en los meses que restaban de buen tiempo ganaría otro tanto; total, tanto; una bonita suma. No era avaro ni ambicioso, pero le entusiasmaba el negocio, el salir y entrar de la gente, el ir y venir de los centavos y de los pesos, el movimiento, en fin. Si al final de la temporada no le quedara sino una escasa ganancia, se conformaría, y si perdiera, no se afligiría; pero, si ganaba bastante, tanto mejor.

Pero los cálculos del viejo Floridor no se realizaron como él los proyectaba.

Una tarde en que, como de costumbre, acechaba la boca del desfiladero, mientras el viento lo tiranteaba como a volantín chupete, vió aparecer un hombre montado en hermoso macho negro, animal nervioso y dúctil, de reluciente anca y fina cabeza. Llevaba poncho el hombre y sombrero oscuro, levantada el ala sobre la frente a estilo mendocino, con barboquejo que le atravesaba las mejillas como negra cica-

triz. A juzgar por su actitud en la cabalgadura, era joven. En una mula que arreaba zangoloteábanse dos fardos de ropa o mercadería.

—Yo conozco a este ñato—murmuró el viejo Floridor, aguzando la mirada de sus ojos claruchos.

El hombre empezó a ascender el cerro y a medida que se acercaba latíale con más fuerzas el corazón al viejo, y cuando el viandante llegaba ya a mitad de la ladera, exclamó:

—Ese macho es Pancho....

Después:

—Esa mula es la Florisa....

Y por último:

—¡Y ese es mi hijo, por la misma!

Un instante después gritaba con voz trémula, mojada de ternura:

—¡Davicito!

Entre un aletazo y otro del viento, el grito rodó como guijarro claro cerro abajo y el que subía se detuvo, levantando la cabeza. Vió al viejo en la orilla de la meseta y le hizo con el brazo una ademán de saludo.

—¡Es David!—gimió el viejo, casi llorando, entregándose a una alegre danza, que el viento secundaba con su soplos anchos—. ¡Es David!

Cuando el hombre hubo llegado a la meseta, desmontó de un salto y recibió entre los brazos, que al abrirse bajo el poncho parecieron alas de cóndor, el esmirriado cuerpecillo de Floridor. Perdióse el viejo entre los pliegues tibios del poncho y David Carmona hubo de inclinarse para recibir en las rosadas mejillas los besos húmedos de saliva y de lágrimas de su padre.

—¡Bueno, viejo, no llore!—exclamó David, abriendo en sonrisa su ancha y fresca boca, donde los dientes se alineaban como granos de choclo tierno.

—¿Cómo no voy a llorar, bandido? ¡Tanto tiempo

sin verte! Te pierdes como lagartija en la cordillera. ¿Sabías que estaba aquí?—contestó e interpeló Floridor, enjugándose lágrimas más grandes que sus ojos.

—Padrino Cheto me lo dijo.

—¿Viste a Aniceto por ahí?

—Anteayer lo encontré en la Laguna.

—¿Y de dónde vienes?

—De San Rafael.

—¿Y los caballeros que llevaste?

—Bajaron a Mendoza.

—Bueno, vamos al rancho. ¿Traes hambre?

—Traigo un poco de todo.

—¿Y plata?

—Un puñadito.

—¿Un puñadito grande o un puñadito chico?

—Regular, regular—sonrió David, abriendo una mano que parecía una pala.

Era un real mozo David Carmona, alto y cenceño, recto y firme como colihue, de cara rosada y ojos infantiles, boca ancha y fresca, de donde la sonrisa caía como guillave maduro, y sombreada por bigote fino y ralo que le hacía tenue sombra. Vestía a usanza campera, con botas, pantalón grueso, chaquetilla corta y pañuelo blanco al cuello. A su lado, el viejo Floridor parecía un cabrito. Era un hombre andariego—como decía su padre—que se aburría en la casa paterna y amaba la soledad de las montañas. Hizo a los diez años su primer viaje, como marucho de la cuadrilla de arrieros de su padrino Aniceto, y desde esa edad ya se echó a andar por el vasto mundo de las montañas. A los veinte conocía la cordillera como a sus dientes y sabía adivinar, sólo con oír el silbido o el chivato del viento, en qué lugar de ella se encontraba. Lentamente habíase ido alejando de su rancho y de sus relaciones familiares; lo buscaban como baqueano los cazadores de guanacos, los ganaderos contrabandistas y los viajeros y él no se negaba nunca y a veces

viajaba solo, por el placer de viajar, formándose así, poco a poco, un mundo aparte del de su hogar, con gran pena de los viejos, que, sin embargo, lo amaban precisamente por eso y porque les costó poco y prosperó por su inteligencia, por sus propios puños. Era para ellos un hombre, un verdadero hombre, casto y sobrio como animal de soledad.

Hasta media tarde estuvo acompañando a su padre y a su hermana y al irse dijo al padre, secretamente:

—Volveré pasado mañana; traigo un negocio mazono y necesito hablar con usted. Pero no se lo cuente ni a su camiseta....

Floridor Carmona se quedó pestañeando.



Tres días después y al mediar la noche, un hombre subía por el camino de la ladera, llevando de tiro una mula cargada con dos fardos, mula a la cual seguía otra, igualmente cargada; venía luego otro hombre y tras éste otro hombre otras cuatro mulas en idénticas condiciones, cerrando la marcha un último hombre. La cavarana diluía en la oscuridad de la noche sin luna y bajo el viento ascendía paso a paso, silenciosa, sintiendo ellos en el silencio el tamboreo precipitado del corazón. Llegados a la meseta torcieron hacia la derecha sin titubear, llevando de las riendas cada hombre una pareja de mulas. No hablaban y sus respiraciones jadeantes eran como un suave cuchicheo que el viento escamoteaba con mano rápida apenas salía de sus bocas entreabiertas. Más que hombres y bestias semejaban sombras, sombras de las altas montañas que hubieran adquirido movilidad a favor de la noche. Avanzaron a tientas, como en busca de algo, y atravesaron la meseta hasta el punto en que el camino empezaba a descender. Allí

se desprendió de entre las rocas una sombra y el hombre que marchaba delante se detuvo, inclinándose, procurando penetrar la oscuridad con miradas medrosas a la par que resueltas. Pero la sombra murmuró:

—Soy yo.....

—Davicito....

—Pasen ligero y sin miedo. Los milicos están bailando.

Incorporóse el bulto a la sombra, y hombres y bestias reanudaron el camino con más prisa y seguridad. Al finar la primera curva apareció el rancho, distante unos cincuenta pasos; dentro había luz y el viento trajo rasgueos de guitarra, el eco de una voz femenina que cantaba y repiqueteos de dedos ágiles. Una sombra oscilaba sobre el trozo de arpillera que le hacía puerta al rancho.

Pasaron apresuradamente, empujados por el viento. A la derecha el precipicio abrió su boca desdentada y el camino, temeroso de caer en él, se estrechó, pegándose a la pared del cerro. Marcharon todos en fila india y cuando una mula se detenía y vacilaba porque alguna arista de roca arañaba la tela de los fardos, se detenían todos, inquietas las bestias, anhelantes los hombres, que animaban al animal en peligro con palabras llenas de ternura. Pero el paso fué sorteado, el camino se ensanchó y durante largo rato el convoy de contrabandistas marchó sin detenerse. Por fin el hombre que marchaba adelante dió la voz de alto.

—Por aquí está—murmuró, tanteando el suelo con las manos—. Sí, aquí está.

Empujó a la mula, pero el animal resopló asustado, retrocedió e hizo retroceder a las demás.

—¡Mula mañosa!—rezongó el hombre y soltándola tomó las riendas de la que seguía; llevada a la orilla del camino, estiró el pescuezo, olfateó el suelo, tactó con suave pata el terreno y se deslizó por un senderillo

que bajaba hacia la quebrada. Una tras otras siguieron las demás y tras todas bajó el hombre que cerraba la marcha. Los otros, en la orilla del camino, oyeron un instante el ruido de los pasos que se alejaban, luego dieron media vuelta y retrocedieron, orillando el precipicio y deteniéndose frente al rancho.

—¡Están bailando, los niñazos!—dijo uno de ellos.

—¿Cómo se las arreglarán para bailar ahí?

—Los milicos son capaces de bailar en la punta de una bayoneta... ¿No ves que bailan marcando el paso?

Dada vuelta la curva aparecieron en la meseta, donde se les unió el que acechaba, y los tres, achaparrados por el viento, sin hablar una palabra, se hundieron de nuevo en el lugar de donde habían surgido, en la ancha sombra, llena de aletazos y susurros.

Pero reaparecieron de nuevo a la media noche del día siguiente y la escena se repitió sin variación alguna. Fué en la tercera noche cuando los acontecimientos sucedieron de distinta manera, pues a uno de los soldados ocurriósele salir del rancho en el momento en que tres mulas cargadas, conducidas por un hombre, pasaban por el camino, y él, creyendo oír pasos, llevado del hábito y sin imaginarse lo que le esperaba dió la voz de alto, y como los pasos no se detuvieran avanzó corriendo. Cerca del camino y en la oscuridad tropezó con un hombre que parecía huir y a él se aferró; el hombre dió un tremendo grito, y procuró deshacerse del soldado, golpeándolo, pero éste no soltó su presa y gritó:

—¡José! ¡José!

La voz vibró, extendiéndose como una onda eléctrica en la noche, irradiando, al mismo tiempo que valor, zozobra y angustia.

—¡Qué!—contestó el otro soldado, apareciendo en la puerta del rancho.

—¡Trae las...!—exclamó el que luchaba, sin poder terminar la frase, pues un violento manotazo le llenó de sangre la boca. Pero el otro entendió lo que pasaba y lo que se le pedía y tomando las carabinas enderezó sus pasos hacia el lugar de donde venían los llamados. Allí el hombre se abrazó también a él y un instante después los tres luchaban en la sombra, profiriendo insultos y echando maldiciones, hasta que uno de los soldados retrocedió libremente unos pasos y amenazando con su carabina al rebelde, gritóle:

—¡Ríndete a la autoridad!

El hombre retrocedió también y alzando los brazos exclamó, con tono de asombro:

—¡Cómo! ¿Es la autoridad la que está peleando conmigo? ¡Por qué no me lo dijeron antes! Yo creí que eran salteadores.... Baje la carabina, compadre; estoy dado.

Se apoderaron de él, llevándolo hacia el rancho; un empujón lo echó dentro y él entró, enredándose en la arpillera de la puerta, como si fuera una de las ráfagas del viento. Al verlo, la señora Mercedes exhaló un grito, pues el hombre, con la cara llena de sangre, rotas las ropas en la refriega, jadeando, el cabello revuelto, la color oscura y la mirada terrible tenía un aspecto espantable. Florisa escabullóse tras el tabique y don Floridor, si bien no hizo gesto ni movimiento alguno, sintió que el corazón le temblaba.

—¿Por qué te defendías tanto?—preguntó el llamado José, amenazante.

El otro soldado limpiábase la sangre que manaba de su boca rota. El interpelado respondió, sin amedrentarse:

—¡Y cómo no me voy a defender! Voy tranquilo por el camino y oigo que alguien me da el alto sin decirme por qué. Creyendo que es un bandido quiero

arrancar y él se me echa encima, me pega, yo me defiando—no soy zunco—, pero él llama a otro hombre y entre los dos casi me aturden a golpes. ¿Me iba a quedar con los brazos cruzados? La culpa no es mía, es de usted o de él—porque yo no sé cuál fué el que me atrincó primero—que no me dijo quién era.

—¿Y no te fijaste que éramos guardias?

—¿Cómo? ¿En la oscuridad? Más bien parecían perros.

La voz del hombre era entera y alta, sin vacilaciones, como de quien dice la verdad, y los guardias se desconcertaron un tanto; pero reaccionaron inmediatamente:

—¿Por qué ibas tan calladito?

—¿No se puede ir callado? Cada uno va como le da la gana. Yo no tengo costumbre de cantar cuando voy arreando....

Había sacado una gran pañuelo rojo y se limpiaba el sudor y la sangre; al hacerlo, mientras el pañuelo le cubría el rostro de frente, lanzaba de reojo miradas rapidísimas; una de ellas chocó con la del viejo Floridor, quien se sintió como trasminado por aquella mirada, delgada hoja de acero que vibraba.

Los guardias no sacaron nada de él; era un honrado arriero que venía de Argentina trayendo tres mulas con mercaderías cuya clase ignoraba; era chileno y hacía mucho tiempo que no transitaba por ese camino. Se llamaba Cupertino Morales. Nada más.

—¿Por qué no me deja ir a ver las mulitas? Se pueden perder—rogó, al terminar el interrogatorio.

—No.

—¿Pero, por qué me detienen? Soy hombre honrado.

—Eso dice usted, pero nosotros no le creemos. Golpea muy fuerte usted. Cuando amanezca iremos al retén y ahí decidirá el sargento.

—¿Por qué no vamos al tiro?—preguntó el hombre con aire inocente.

—¿Para qué tanto apuro? Esperemos un rato. ¿Usted conoce a este hombre?—preguntó el guardia a don Floridor.

—No, no lo conozco—mintió el viejo Carmona.

Vista la inutilidad de sus súplicas, el hombre pareció resignarse y se ensimismó, quedándose inmóvil, semi-cerrados los párpados. Los guardias observábanle con desconfianza, pues a pesar de sus excelentes explicaciones, a pesar de la sinceridad que reflejaban sus palabras, no le habían creído una sola de ellas. Fluía de toda su persona algo inquietante y turbador y parecía que de pronto iba a erguirse y a gritar con voz sobrecogedora, realizando en seguida una acción extraordinaria. Sin embargo, ni su figura, ni su actitud, ahora de reposo, podían presagiar tal cosa. Era un hombre de apariencia común, musculoso, vestido como cualquier arriero cordillerano, rostro oscuro y casi negro, cabello crespo, bigote rizado, dientes de bestia sana.

Eran sus ojos vivísimos, negros, que brillaban entre las pestañas como luces en la noche; sus movimientos resueltos y precisos y la elasticidad de su cuerpo al realizarlos; su voz sin vacilaciones, desnuda, que llenaba los oídos como un agua helada y que no dejaba oír cuando sonaba otra cosa que no fuera ella; era todo esto y su actitud de espera sin temor y sus contestaciones, que más que de hombre que decía la verdad eran de hombre que estuviera acostumbrado a darlas en otros idénticos casos, lo que le hacían sospechoso y temible. Además, pegaba muy fuerte, como no suelen pegar los hombres honrados y mansos, y los guardias, que sentían aún en sus costillas y en sus rostros el choque de sus duras manos, sospechaban de él por los machucones recibidos.

—No se me puede estancar la sangre—dijo el primer guardia—. Deme una copita de aguardiente, don Floridor.

Se vació el aguardiente en la boca, lo revolvió dentro como una brasa y haciendo una mueca espantosa se lo tragó, mientras el desconocido sonreía bajo su bigote negro. Quedó el rancho en silencio, y doña Mercedes, pretextando cansancio y sueño, fuese a acostar y se la sentía, tras el tabique, suspirar y revolverse sin poder dormir. Los guardias hundiéronse en profundas meditaciones y don Floridor, sentado junto a la lámpara a carburo que alumbraba el rancho, fumaba cigarrillo tras cigarrillo, nervioso, con la boca amarga y seca, mirando tan pronto al desconocido como a los guardias. Pensaba. De todos los que allí estaban él era el único que conocía a aquel hombre. Si el viento que soplaba fuera era el espíritu de la montaña, el Negro Isidoro era el diablo de ella, el diablo, sí, y al decir esta palabra sintió que el ombligo se le helaba de miedo. Ubicuo e inencontrable, burlador de los más sagaces y pacientes sargentos fronterizos, contrabandista y cuatrero, valiente hasta la desesperación, tal era aquel hombre. Lo conoció niño, pues era oriundo de la comarca, y lo había seguido paso a paso en su carrera de diablo montañés, hecho a hecho, hazaña a hazaña; el Negro Isidoro pertenecía ya a la leyenda y no había nadie en la región que no lo conociera siquiera de oídas y hasta los mismos soldados que lo custodiaban con tanta indiferencia habrían oído su nombre muchas veces de labios del sargento. ¡El sargento Urriola! ¡Qué sorpresa si al día siguiente sus soldados le llevaran al Negro Isidoro! Bailaría de gusto quizá....

—¡Bueno!—exclamó de pronto el detenido, como despertando. Los soldados sobresaltáronse al oír su voz y el viejo Carmona casi cayóse de su asiento; pero él echó una mirada tranquila en derredor y

viendo sobre la mesa un vaso lleno de vino lo cogió, echándosele al colete después de decir:

—Con permiso, patrón....

Luego cayó de nuevo en su quietud y mutismo y hasta pareció que se quedaba dormido; pero no dormía, no; todos sus sentidos estaban tendidos como un arco hacia afuera, hacia la sombra, donde la noche rodaba como un río empujado por el viento y desde dónde venían pequeños ruidos, susurros, deslizamientos suaves, rumores que sus oídos recogían, separándolos del gran grito del viento para diferenciarlos y reconocerlos. Cada minuto que llegaba y transcurría, lento o rápido, pues todos los minutos no son iguales, empujaba su vida hacia la salvación o hacia la muerte, y él los esperaba, ansioso, creyendo que cada uno de ellos le traería el acontecimiento deseado; pero aquella noche los minutos de al vida del Negro Isidoro cayeron como nueces vanas en las alforjas del gran arriero del mundo, el tiempo.



Por fin se fué la noche y con ella el viento. Por un rato el mundo quedó como vacío, indeciso respecto de su suerte, sin saber qué hacer ni con qué llenar la soledad que dejaran la noche y el viento. Una claridad sin luz, opaca, de neblina, surgía de la tierra y de las altas montañas, flotando en el espacio como un agua muerta, sin estremecimientos, sin vibraciones, estancada. Pero el amanecer echó a andar de puntillas sobre el mundo y avanzó; la atmósfera tomó de pronto un color más caliente que el de la cruda neblina de la madrugada, y una ráfaga de viento, atrasada, trajo un vuelo de tórtolas cordilleranas. Un águila se deslizó rectamente por los andariveles del aire y por su huella invisible el día empezó a echar sus horas nuevas.

—Andando—dijo uno de los soldados.

Todos estaban pálidos, brillantes los rostros, húmedas las manos. El hombre se desperezó, rugiendo al bostezar, llamando a la acción a sus músculos entumecidos por la inercia. El soldado que estaba junto a la puerta anunció:

—Las mulas han desaparecido.

—¿No ve? ¿Qué le decía yo?—dijo el hombre, sonriendo, porque la desaparición de las mulas le indicaba que sus compañeros estaban al corriente de lo sucedido, lo cual era una esperanza más para él.

Pero la desaparición de los animales hizo crecer la sospecha en el ánimo de los soldados, quienes resolvieron llevarle amarrado:

—Parece que usted se alegra porque las mulas han desaparecido y eso es raro en un arriero. Por si acaso, vamos a llevarlo amarrado; nadie sabe con quién ara en la cordillera.

El hombre juzgó inútil resistir y se dejó amarrar las manos. Todavía le quedaban esperanzas. Cuando se le acabaran ya vería lo que podía hacer. Uno de los soldados extrajo de su montura una cuerdecilla de unos cuatro metros de largo, aseguró con un extremo las manos del Negro Isidoro, y amarró el otro en una argolla de su montura. Hecho esto montaron y se alejaron los tres al paso, tranquilos en apariencia los soldados, rabiando y jurando por lo bajo el Negro Isidoro. Cuando llegaron al camino giró la vista hacia todas partes, pero no había nadie; juzgó entonces que no debía esperar más, que estaba abandonado y que debía confiar a su habilidad, a su valor y a su fuerza la salvación de su vida. Lo esencial era no llegar vivo al retén, pues temía al sargento Urriola tanto como hubiera podido temerse a sí mismo si fuera hombre honrado y en el mundo existiera alguien a quien llamaran el Negro Isidoro. El sargento no tendría consideración ninguna con él.

Los tres dieron vuelta el camino y el viejo Floridor, con el corazón lleno de temor y de coraje al mismo tiempo, los vió desaparecer. El no podía creer que su hijo hubiera abandonado a su suerte al Negro Isidoro, no, señor, y aunque era su hijo y lo quería mucho, preferiría verlo muerto antes de saberlo cobarde. Desesperado entró al rancho, hablando solo, asustando con sus imprecaciones a su mujer y a su hija. Procuró explicarse, contar lo que sentía y lo que quería en ese instante, pero un disparo de carabina lo dejó con la boca abierta.

—¡Ave María! Han muerto al Negro Isidoro.

Pero el Negro Isidoro no estaba muerto. Estaba colgando en el precipicio, la cara roja de ira, las manos amoratadas por el estrujón de la cuerdecilla, mientras el soldado, parado a la orilla del abismo, se burlaba de él:

—¡Ah, diablo! ¿Creíste que la cuerda se iba a cortar? No, si es firme, para bandidos como vos. ¿Qué quieres ahora? ¿Un tiro en la cabeza? Ya decíamos nosotros que no eras pájaro de los que vuelan bajito. Toma.

Apuntó con su carabina; el Negro Isidoro gritaba:

—Mátame, cobarde.

Pero la bala pasó lejos de la cabeza del prisionero, pues el guardia no tenía intenciones de herirlo; sólo quería asustarlo. El otro soldado, a caballo, reía las frases de su compañero.

—¿No tienes miedo a las balas?

—¿Miedo? Otros más valientes que tú no han sido capaces de matarme. Tírame....

—¿Quieres...?—empezó a preguntar el guardia, pero tronó el estampido de un disparo y se le vió encogerse y soltar la carabina, que cayó al precipicio. La bala le había roto el brazo.

—¡Ahora, mi alma!—gritó el Negro Isidoro, entusiasta.

Resonó un nuevo disparo y la bala pasó silbando a escasa altura. El soldado con el brazo roto, inútil para luchar, huyó por el sendero, cubriéndole el otro la retirada. Llegados ambos al camino ancho, el herido continuó su marcha, y el otro, desmontándose, ocultóse tras una roca. Pero desde allí no veía nada ni oía otra cosa que los disparos. Desesperado, miró hacia el retén y vió que tres hombres, el sargento y los otros dos soldados, avanzaban a caballo por el camino. El herido continuaba su marcha vacilante, con un hombro encogido.

Entretanto, el Negro Isidoro, colgado sobre el abismo, gritaba:

—¡Por aquí, por aquí, niños!

Había logrado afirmar los pies en la pared del precipicio y sostenido de la cuerda pendía casi horizontal en el vacío; mas de pronto, asustado por los disparos, el caballo del soldado herido, a cuya montura estaba atada la otra punta de la cuerda, echó a andar y él se fué de bruces contra la roca. El golpe hízole perder el conocimiento y como el caballo no se detuviera, lo arrastró, desollándole el rostro el duro roce de la roca, de tal modo que cuando el cuerpo del Negro Isidoro llegó al camino, su cara no era sino una rosa viva de sangre, donde las piedrecillas fueron incrustándose profundamente. Desatáronle dos de sus camaradas, mientras el tercero, oculto el rostro por un pañuelo, seguía disparando.

—¡Vamos, vamos!—gritábanle sus amigos, zamarreándolo para reanimarlo.

—No veo, no veo—murmuró con angustia.

La sangre y la tierra habíanle cegado.

—Por la misma. . . .

—Tráiganme el macho y váyanse ustedes.

—¡Cómo se te ocurre! Camina.

Lo tomaron de los brazos, conduciéndolo hasta la

meseta. Allí, ocultas entre las rocas, estaban las cabalgaduras; le dieron la suya y él montó de un salto.

—¡Guíenme! Corran adelante....

Atravesaron la meseta corriendo velozmente y llegaron a la orilla de la ladera en el momento en que un disparo de los soldados atronaba el aire de la mañana.

—¡Aquí está la bajada! ¡Lárgate!

Apretó las piernas con toda su alma, espoleó vigorosamente al macho, y ciego, con el cabello erizado por el viento que volvía, se lanzó cerro abajo como una tromba, con el rostro sangrante, pegado al animal que se deslizaba casi sentado sobre la pendiente y sintiendo cerca de él los gritos de sus compañeros y el resonar de las patas de las otras cabalgaduras.

Cuando los soldados llegaron a la orilla de la meseta, los contrabandistas corrían ya por la garganta del desfiladero, a mucha distancia.



Al día siguiente el viejo Carmona fué desalojado del rancho, siendo inútiles sus palabras y sus razones para impedirlo. El sargento Urriola díjole:

—Yo no le echo a usted la culpa de nada, pero es necesario que se vaya, pues por culpa de su negocio ha pasado lo que ha pasado. Hágame caso, si no quiere que lo saque a empujones, viejo Carmona.

Y don Floridor no tuvo más remedio que liar sus bártulos y largarse con su mujer y su hija. Al irse exclamó:

—¡Buena cosa de harta pena que me da dejar esta mugre! Para lo que ganaba aquí.... Ahí te quedas, vejestorio.

En realidad, se iba sin pena. Sabía que en el rancho familiar lo esperaba Davicito, con los bolsillos llenos de billetes y una sonrisa de guillave en la boca ancha y fresca. Antes de dar vuelta el camino miró hacia el rancho y vió que éste, de nuevo abandonado, tenía como un gesto de asombro en su puerta oscura y abierta.